

El ojo en la historia

Este libro es emocionante. Son fotografías de un país al que mataron las balas, la depresión, el hambre. O sea, este país.

Se trata de un trabajo que actualiza la memoria personal y colectiva, que traspasa esa jabonosa dicotomía. Quiero decir que estas fotos son una porción de realidad inalterable. Los hechos están ahí, quedaron, son, nada los cambia. Ojos como los de Hoppe son testigos que se detienen con ternura e ironía, en determinados *momentos de un momento*, para expresar el propio dolor, la propia alegría. Desde ahí nos interpretan en mayor o menor grado. Pero más allá de eso, tienen el valor, en todo el sentido de la palabra, de conmovernos.

“El ojo en la historia” recoge apenas una parte del enorme archivo de Hoppe. Va desde los primeros 80's hasta que asume Aylwin. Narra esa itinerancia. Paralelamente, el profesor Gonzalo Leiva aporta cuantiosos e interesantes datos al inicio del libro y de cada capítulo, y enfatiza, con acertada intención, el hecho de que Alvaro Hoppe pertenezca a la generación que conformó la AFI (Asociación de Fotógrafos Independientes). Agrupación de profesionales que en medio del peor de los escenarios, exploraban el lenguaje de su herramienta. Una hornada de peligrosos mirones que participaban en la gesta por la recuperación de la libertad, de manera decidida y tremendamente activa. Sabían lo que el refrán, que una imagen puede decir más que mil palabras. Por eso los agentes de la dictadura los tenían identificados a todos. Hoppe fue atacado, golpeado, amenazado. Por suerte no llegó a ser quemado vivo, como sí lo fue el fotógrafo Rodrigo Rojas Denegri. Y por eso mismo, desde ahí y hasta acá, sigue tomando fotos.

En ese caminar hacia lo que hoy se revela como una estafa, en esa pelea por la democracia que terminó con Aylwin y su cagada medida de lo posible, se fraguó el estilo de Hoppe. No se trataba de hacer la pintoresca popular, tampoco el panfleto épico. Había que abrir el camino. Entonces, como un músico, fue componiendo cada esquina. Fijando las propagandas pasajeras, las modas, ubicando en el rectangular espacio del papel los circulares signos de cada instante, encuadrándolos cargándose a un lado u otro, mirándolos un poco desde abajo. Deteniendo al que iba caminando, a Tellier a la salida del bar. O esperando, esperando peligrosamente a que llegue hasta arriba a una niña que sube una escalera, a que en el alba de Cartagena asome una cabeza entre unas cortinas. Pero también “inesperando” a que una sorpresiva mano cualquiera se extienda hacia un José Donoso viejo y cansado pero que aún se estira para saludar ese gesto. O sencillamente desafiando a que el tercer policía se enfrente a su lente, para detenerlo a él y a sus dos colegas uniformados en el momento preciso en que se llevan preso a un pequeño que, cielos, con cuánto pavor, se resiste vanamente con el escaso peso de su cuerpo.

Vuelvo a libro. Ahora desde mi propia experiencia. Yo me perdí los maravillosos y turbios años 80's chilenos. Fui un adolescente que desde lejos mitificó un Santiago hecho de barricadas, como una cebolla, en las descascaradas calles y canchas de Bellavista a La Pincoya. Mi imaginario se pobló con los rostros y paisajes que fui rescatando de la nebulosa de los tempranos recuerdos. Ese país construido personalmente fue posible gracias

a las imágenes que contemplé en revistas como *Apsi* o *La Bicicleta*, cuyos ejemplares atravesaban ríos y cordilleras para que yo pudiera vivir Chile sin vivir en él. Por eso no puedo sino emocionarme cuando veo esta obra. Esos rostros. Pobres, dignos, chilenos. Nada va a cambiar la alegría que se vivió en el estival fin de aquella década, década del teatro callejero y del rock prisionero, década de poetas ceñudos, que ya no tenían cómo beber el vino de los barriles de la emancipación proletaria, y que apagaron la sed entre caceroleos y apagones. Nada va a cambiar el piñén acumulado en el paulatino progreso de cada una de esas carpas que constituían las tomas de terrenos, cientos de carpas lamentables que años atrás se instalaron beligerantes donde no se podía, y que en esa beligerancia llegaron a enmaderarse para resistir la represión y la dictadura. Las chacras, los peladeros que en medio de la noche sangrienta se fueron llenando de casitas y blocks hasta convertirse en Pudahuel, La Bandera, Maipú, La Florida. Puede ser lo suficientemente lejana, tardía o burguesa mi historia personal, la tuya, la suya, la nuestra, la del otro. Nada de eso nos deja ajenos al poder demoledor de estas imágenes, porque al andar en la calle volvemos a ver esos rostros, ahora otros. Anónimos capturados por un lente gran angular. ¡Qué importante este trabajo! Es casi un homenaje a todos los que hemos sido. La historia, ahora.



El ojo en la historia
Gonzalo Leiva & Alvaro Hoppe
148 páginas
Santiago, Chile. 2003



